

LA PARADOJA DEL SOLITARIO

El 27 de junio de 1970 Julio Torri debía cumplir 81 años. Al igual que Alfonso Reyes coincidía, en el año de nacimiento —1889—, con el de la Torre Eiffel y con la fundación en París de “la célebre revista literaria *Le Mercure de France*”. Su abuelo italiano, industrial próspero, encontró en Monterrey primero, y en Saltillo después, sitios propicios para establecerse y formar su hogar. Su padre estudió música en Milán y fue profesor de esa disciplina en el Ateneo Fuente de Saltillo. Julio Torri Máñez, el primero de ocho hermanos, heredó la sensibilidad artística del padre, la manía de la lectura de la madre y, de ambas familias, la propensión a la ceguera que tan amargamente castigó a la dinastía Torri por dos generaciones.

Desde sus años de estudios en Torreón aparecieron en periódicos y revistas las tempranas muestras de su vocación literaria (1905). Al trasladarse a la ciudad de México con objeto de iniciar su carrera de abogado en 1908, encuentra en la Escuela de Jurisprudencia a los jóvenes que formarían en 1909 el grupo del Ateneo de la Juventud: Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Eduardo Colín, Jesús T. Acevedo, etc. Se une a ellos en las sesiones que celebraban en el aula Jacinto Pallares de su Escuela y a los ideales de renovación que perseguían.

La inconformidad que determinó la reunión de estos jóvenes partía de la ineficacia de la educación positivista, ya en total decadencia, que no les proporcionaba los elementos necesarios para enfrentar una realidad en crisis. De ahí que, al mismo tiempo que señalan los errores del régimen político e intentan el contacto con el pueblo, procuran llenar por cuenta propia las hondas fisuras de su precaria cultura, con acendrado espíritu de responsabilidad y con la certidumbre de que como decía Caso “la importación de culturas extranjeras y la imitación de sistemas foráneos para resolver nuestros problemas particulares, no será nunca una verdadera solución”. Las nuevas corrientes de la filosofía europea y las fuentes clásicas del humanismo afinaron su espíritu crítico en función de los problemas políticos y sociales de su momento y promovieron: la fundación de la cátedra de Filosofía en la Universidad, la fundación de la Universidad Popular y la creación de la Escuela de Altos Estudios. Reyes en “El testimonio de Juan Peña” explica cuál era la situación de los ateneístas: “Los muchachos de mi generación éramos, digamos, desdichados. No creíamos en la mayoría de las cosas que creían nuestros mayores... comenzábamos a sospechar que se nos había educado en una impostura... El positivismo mecánico de las enseñanzas escolares se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos aires nos llegaban de Europa... Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica pero nos cerraba las puertas de la caridad.” Henríquez Ureña el maestro estimulante y generoso, amigo muy cercano de Julio Torri —puesto que vivieron juntos

algún tiempo— impuso al grupo la disciplina y el método. A él se deben algunas de las obras capitales para la comprensión del fenómeno literario de México. Torri añade que sus escritos, con ser tan valiosos, lo fueron menos que su influencia personal. Muchas afinidades existieron entre Torri y Reyes. Iguales inquietudes intelectuales; semejantes preferencias literarias e idéntica agudeza. Destinos diferentes los separaron: movilidad, acción, relaciones, viajes; fecunda herencia bibliográfica, en el caso de Reyes. Torri es, en cambio, cultivador obstinado de su huerto interior; seleccionador riguroso de su propia antología; refinado artífice que promueve la sorpresa y la reflexión antes que el diálogo, y que entiende la literatura como puro y lúcido goce intelectual. Un sagaz escritor definió el Ateneo de la Juventud como la reunión de varios ingenios empeñados en la construcción de un mundo nuevo. Mientras Vasconcelos posee la fuerza y la intuición para crearlo, Caso impone el rigor de ordenarlo y Reyes le otorga la merced de iluminarlo. ¿Cuál sería aquí la misión de Julio Torri? Todo hace suponer que su misión fue seguramente la del perturbador. Espíritu inconforme, inaprehensible perfeccionista, sabía de la esterilidad que ocasiona el asentar todo “en el movedizo terreno de la complacencia y de las concesiones mutuas”.

Si bien la labor del Ateneo como tal dura pocos años (1909-14) puede decirse que se continúa de alguna manera en el momento en que Vasconcelos se hace cargo del Ministerio de Educación Pública en 1921. Los mismos nombres intervienen en la reestructuración de la educación nacional que habría sido una de las grandes inquietudes de los ateneístas. Vuelve a México Henríquez Ureña; los pintores de la época de *Savia Moderna*, como Rivera, reconstruyen, en los muros de los edificios públicos, las lecciones vivas de la historia patria que el pueblo no debe olvidar. Caso, que en 1916 había publicado su obra más representativa: *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, afirmaba su calidad de maestro con su elocuencia y calor. Julio Torri, directo colaborador de Vasconcelos en la Secretaría de Educación, contribuyó en buena medida en la difusión de los clásicos antiguos y modernos a través del Departamento de Bibliotecas y en el Departamento Editorial del Ministerio. Muchos tomos de la colección de Clásicos y otros tantos de la Revista Cultura se deben a él. Participó del entusiasmo hispanoamericanista de aquellos años a través de viajes y del trabajo en común con ilustres visitantes de España y de Hispanoamérica. De tal manera el espíritu del Ateneo está vivo aún en el renacimiento cultural de este tiempo, que el grupo literario que entonces empezaba a formarse y había de conocerse como “Contemporáneos”, comenzó por ser un Nuevo Ateneo de la Juventud.



II

La actividad que Torri desempeñó ininterrumpidamente fue la de maestro de literatura española y francesa y, como parte de esa tarea, escribió una *Historia de la literatura española*. Obviamente este aspecto es el más conocido de Torri puesto que fueron incontables los estudiantes que pasaron por sus cátedras y muchos de ellos son, o están siendo, escritores. Es también el lado pintoresco de la vida del maestro. Cualquiera de nosotros tiene o cree tener una experiencia cercana de su trato, de sus manías, de sus preferencias literarias, de su ingenio y hasta de alguna confidencia.

Es fácil recordar su figura, su afabilidad, su retraimiento, su intencionada sonrisa, sus balbuceos, su voz queda y sin matices, su desinterés por las masas anónimas. Pero desde este primer plano se advierte la permanente paradoja en que desequilibra su vida: "Con el crear, es el enseñar la actividad intelectual superior" —afirma. Sin embargo son actividades que se oponen y más aún: si el creador se somete al sacrificio de perder sus cualidades inefables —sus alas de mariposa— estará en posibilidad de ser maestro de jóvenes, convertido en algo así como un gusano nostálgico de horizontes abiertos y voces misteriosas. Su desprecio o sus temores le hacen pensar en el maestro como repetidor de ideas ajenas trasnochadas y mecánicas. Con todo, ese proceso esterilizador a lo mejor pueda dar —¿y por qué no?— una pequeña idea propia.

Las actividades humanas nobles o innobles dejan en la apariencia física huellas inconfundibles. El maestro lleva como escudo o sambenito la marca de la suya: una soberbia recóndita o una ternura reprimida cubierta con una capa de timidez y de inseguridad, cuando, fuera de su escenario habitual, su voz no resuena en el vacío metafísico de una sala de clase. Ahí donde diariamente practica incontables virtudes antiheroicas.

Torri fue maestro de minorías y de selección. Elegía a sus alumnos, sus temas y sus autores. En la explicación de un texto parecía interesarse más por el contexto, revelador de sus simpatías o diferencias y de fugaces matices o actitudes que podrían referirse a su vida personal: el esotérico mundo medieval con su mezcla contradictoria de aspiración espiritual y de arraigo carnal; de mortificación y desenfreno, de devoción y cinismo. La limpieza formal y la finura interna de la literatura francesa; el "humor" intelectual de la literatura inglesa; el realismo trascendente de la española. El Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas, Bertrand, Baudelaire, Wilde y Charles Lamb, formaron parte del mundo de sus preferencias.

Por decidida elección asumió su vida de hombre solitario. Quizá para escapar a la condena de una felicidad que envejece, engorda y se destruye; quizá porque conocía que el prestigio de la intimidad está a un paso de la rutina grosera; quizá porque el misterio



femenino sólo es perdurable en la distancia, en la superficie o en la fugacidad. Quizá porque entre la soledad fecunda y la soledad en compañía no debería haber opción, aun siendo como son, y en algún momento, amargas ambas.

Discreto, reprimió sus impulsos y guardó su pasión sólo para sus libros: universo ilimitado, voces amigas, curiosidad renovada, acicate intelectual exigente y poderoso. Torri fue al mismo tiempo lector ávido y relector moroso. Por eso su acción de escribir resultó tan ardua, tan ceñida, tan críptica; sus obras son como la imagen de un diálogo presupuesto. De esta confrontación intelectual no quedan sino los hitos, las señales. Si alguien quiere seguir las tendrá que proveerse de una completa herramienta literaria. No resulta tan difícil, en cambio, advertir que en cada prosa breve existe el reflejo de la imagen de sí mismo que el conjunto total ofrece de lo que fue realmente Julio Torri. Y fue la prosa breve, el poema en prosa, género que Torri eligió en sus *Tres libros*, (1964) "Ensayos y poemas" (1917), "De fusilamientos", (1940) y las prosas dispersas agrupadas después en "Fantasías".

III

La simpatía de Julio Torri por Aloysius Bertrand, tantas veces expresada por él, no es mera coincidencia. Bertrand nació en Piamonte, de padre lorenés y madre italiana; pero establecido en Dijon, es éste el sitio de sus reminiscencias: el Dijon gótico y caballeresco, placentero, jocosos y crudo; el que recrea las crónicas de Walter Scott, el de historias heroicas y abundantes leyendas.

Con fantasía melancólica y nocturna, con infinita delicadeza y minuciosa invención, modela sus poesías y sus pequeñas prosas. Pero en ellas corre un espíritu juguetón y grotesco, el Gaspard de la Nuit o sea el propio Bertrand personificado por un pobre diablo enflaquecido y enfermizo de gabán deshilachado, sombrero deformado y cubierto de polvo, barba y cabellos largos y descuidados, hambre y sed insaciables, y una infinita necesidad errabunda. "...et dites-moi où est M. Gaspard de la Nuit?"

—Il est en enfer, supposé qui'il ne soit pas ailleurs

—Ah! je m'avise enfin de comprendre! Quoi! Gaspard de la Nuit serait?...

—Eh! oui... le diable..."

Bertrand, de naturaleza inasible, caprichoso y soñador, y difícilmente comprendido por la gente común, era, en cambio, fácilmente reconocido por los artistas. A pesar de sus limitados recursos económicos, prefirió diferir la publicación de su libro mientras no lograra la edición pulcra y lujosa que consideraba adecuada para *Gaspard de la Nuit*. Cada vez más solo murió en el Hospital Necker en los primeros días de mayo de 1841.

Las dos caras antitéticas del arte, ejemplificadas en el espíritu meditativo de Paul Rembrandt, preocupado por los espíritus de la belleza, la ciencia, la sabiduría y el amor, opuesto al de Jacques Callot, refinado e irónico, fanfarrón y frívolo, están presentes en la obra de Bertrand. Sainte-Beuve es quien presenta y analiza a Bertrand tratando de rescatarlo del olvido. Baudelaire, al escribir sus *Petits Poèmes en Prose* declara que, de la reiterada lectura del *Gaspard*... le vino la idea de aplicar sus procedimientos a la descripción de la vida moderna buscando el milagro de una prosa musical sin ritmo ni rima, tan dúctil y dura que se adaptara a los movimientos líricos del alma y a los sobresaltos de la conciencia. Confiesa, sin embargo que a pesar de sus intentos cree estar lejos de su misterioso y brillante modelo. Ravel, en la suite para piano *Gaspard de la Nuit*, en 1909, alcanza el más alto virtuosismo al tomar tres viñetas de las *Fantasías* de Bertrand: "Ondine", "Le Gibet", "Scarbo".

Son evidentes las afinidades entre el espíritu de Bertrand con el de Julio Torri, por alguna buena razón apodado por Reyes "el hermano diablo". Y también es claro que en la obra de Torri están presentes las dos caras antitéticas del arte:



—Vivió solo, pero en compañía de los mejores y más hermosos libros de todos los tiempos.

—Amó a todas las mujeres, pero se sintió perseguido por la más espantable zoología femenina.

—No se privó de los goces del mundo, pero se impuso rigurosa disciplina en su obra artística.

—Poseyó una vasta y profunda erudición literaria, pero renunció a dar por escrito las explicaciones de cada descubrimiento.

—Fue profesor durante toda su vida, pero decidió que pocos, en realidad, fueran sus discípulos.

—Supo despertar inquietudes literarias, pero no por lo que revelan sino por lo que esconden.

—Mostró la eficacia de las palabras, pero no por lo que dicen sino por lo que sugieren.

—No fue, en verdad, ni el maestro solemne ni el escritor generoso. Su verdadera historia la constituye "el rosario de horas solitarias o de embriaguez, (embriaguez de virtud, de vino, de poesía, ¡Oh Baudelaire amado!) en que nos doblega el estrago de una plenitud espiritual. Lo demás en las biografías son fechas, anécdotas, exterioridades sin significación".

